

GRANDES ESTRATEGIAS

John Lewis Gaddis

PREFACIO

Soy consciente de que el título de este libro puede resultar grandilocuente: Grandes estrategias. Me preceden, no obstante, Timothy Snyder, compañero en el departamento de Historia de la Universidad Yale (*On Tyranny*) y, largo tiempo atrás, Séneca (*Sobre la brevedad de la vida*). Me preocupan en especial, no obstante, los admiradores de Carl von Clausewitz, entre los que me cuento. Su obra póstuma, *De la guerra* (1832), fijó el modelo para los posteriores textos escritos sobre ese tema y su corolario inevitable: las grandes estrategias. Justifico la aparición de otro libro sobre esta cuestión por su concisión, la cual no era uno de los fuertes de Clausewitz: *Grandes estrategias* cubre más años que *De la guerra*, pero en menos de la mitad de páginas.

Este libro surge de dos experiencias con la gran estrategia, separadas por veinticinco años. La primera fue impartir la asignatura *Estrategia y Política* en el *Naval War College* de Estados Unidos, en Newport, entre 1975 y 1977, en las circunstancias descritas al final del capítulo 2. La segunda, haber dado en la Universidad Yale el seminario *Estudios sobre la Gran Estrategia*, desde 2002 hasta la actualidad. Ambos cursos se han apoyado en todo momento no tanto en la teoría como en el estudio de textos clásicos y de casos históricos. La asignatura impartida en Newport duraba un semestre y estaba dirigida principalmente a oficiales con cierta experiencia. El

seminario de Yale abarca dos semestres y atrae a estudiantes de grado y de posgrado, así como a profesionales. Acude a él todos los años, asimismo, un teniente coronel en activo del ejército y de los marines.[1]

Ambos cursos siguen una filosofía basada en la colaboración: en Newport, en general, cada sesión la impartíamos un instructor civil y uno militar, mientras que, en Yale, se dan distintas combinaciones. Mis colegas Charles Hill, Paul Kennedy y yo lo pusimos en marcha como troika: asistíamos a todas las clases, debatíamos entre nosotros ante los estudiantes y les aconsejábamos personalmente (no siempre de manera coherente) fuera del aula. Por fortuna, los tres seguimos siendo vecinos y buenos amigos.

La creación en 2006 del programa Brady-Johnson sobre Gran Estrategia permitió fichar a otros profesionales: David Brooks, Walter Russell Mead, John Negroponte, Peggy Noonan, Victoria Nuland, Paul Solman, Jake Sullivan y Evan Wolfson. El seminario también ha llamado la atención de otros profesores de Yale, como Scott Boorman (profesor de Sociología), Elizabeth Bradley (anteriormente en la escuela de Salud Pública, directora del programa Brady-Johnson durante el curso 2016-2017 y hoy presidenta del Vassar College), Beverly Gage (profesora de Historia y, desde 2017, directora del programa Brady-Johnson), Bryan Garsten (profesor de Ciencias Políticas y Humanidades), Nuno Monteiro (profesor de Ciencias Políticas), Kristina Talbert-Slagle (profesora de Epidemiología y Salud Pública) y Adam Tooze (antiguo profesor de Historia, radicado hoy en la Universidad de Columbia, Nueva York).

Todos ellos me han enseñado muchísimas cosas, razón añadida para intentar recogerlo aquí aunque sea resumidamente. He aprendido de una manera informal e idiosincrásica, guiándome por las impresiones. Mis profesores no son responsables más que de abrirme caminos y de dejarme a mi aire, lejos de su control. Dada mi búsqueda de patrones a lo largo del tiempo, el espacio y la escala,[2] me he dado el lujo de anular esas tres dimensiones a efectos comparativos e

incluso dialogísticos: Agustín de Hipona y Maquiavelo charlarán ocasionalmente entre sí, como lo harán Clausewitz y Tolstói. Este último es el «imaginador» más útil de los que he encontrado; otros son Virgilio, Shakespeare o F. Scott Fitzgerald. Por fin, he recurrido a menudo a las ideas de sir Isaiah Berlin,[3] a quien pude conocer durante mi estancia como profesor visitante en la Universidad de Oxford, entre 1992 y 1993. Tengo la sensación de que le agradecería ser considerado un gran estratega. Estoy seguro de que, al menos, le divertiría pensarlo.

Mi agente, Andrew Wylie, y mi editor, Scott Moyers, mostraron más confianza en este libro que yo cuando empecé a escribirlo. Trabajar con ellos ha sido de nuevo un gran placer, al igual que colaborar con el eficaz equipo de Penguin: Ann Godoff, Christopher Richards, Mia Council, Matthew Boyd, Bruce Giffords, Deborah Weiss Geline y Juliana Kiyari.

Debo un agradecimiento especial a los estudiantes de grado de Yale que asistieron al seminario Zorros y Erizos, que impartí en otoño de 2017, y que han revisado de forma implacable todos los capítulos de este libro: Morgan Aguiar-Lucander, Patrick Binder, Robert Brinkmann, Alessandro Buratti, Diego Fernandez-Pages, Robert Henderson, Scott Hicks, Jack Hilder, Henry Iseman, India June, Declan Kunkel, Ben Mallet, Alexander Petrillo, Marshall Rankin, Nicholas Religa, Grant Richardson, Carter Scott, Sara Seymour, David Shimer y Jared Smith. También he contado con el apoyo de consumados ayudantes de investigación, como Cooper D'Agostino, Matthew Lloyd-Thomas, David McCullough III, Campbell Schnebly-Swanson y Nathaniel Zelinsky.

Los rectores de Yale, Richard Levin y Peter Salovey, me ofrecieron un sólido respaldo a la enseñanza de la gran estrategia desde el primer momento, como también lo ha hecho Ted Wittenstein, ayudante especial y uno de nuestros primeros estudiantes. Los directores adjuntos de Estudios de Seguridad Internacional y del programa Brady-Johnson nos han amparado a la hora de mantener el rumbo: Will Hitchcock, Ted Bromund, el difunto Minh Luong, Jeffrey Mankoff, Ryan Irwin,

Amanda Behm, Jeremy Friedman, Christopher Miller, Evan Wilson e Ian Johnson. También han prestado un apoyo inestimable: Liz Vastakis, Kathleen Galo, Mike Skonieczny e Igor Biryukov. Mi esposa, Toni Dorfman, profesora, erudita, mentora, actriz, dramaturga, directora de obras y óperas barrocas, correctora, crítica, cocinera gourmet, terapeuta nocturna y amor de mi vida desde hace (!) veinte años, me ha sustentado de todas las maneras posibles.

Esta dedicatoria quiere ser un homenaje a los dos grandes benefactores de nuestro programa, Brady y Johnson, así como a algo que hace las cosas más fáciles sin perder nunca la prudencia: la visión de estos, su generosidad y su invariable buen consejo —no olvidemos, claro, que en este programa tratamos de enseñar sentido común— han sido nuestra ancla, nuestra brújula y la embarcación misma en que navegamos.

New Haven, Connecticut

Otoño de 2017

1

CRUZANDO EL HELESPONTO

Nos encontramos en el año 480 a. C. en Abido, ciudad situada en la orilla asiática del Helesponto, donde el paso se estrecha a poco más de kilómetro y medio. La escena es digna de una película de la época dorada de Hollywood: Jerjes, rey de reyes persa, asciende el promontorio para sentarse sobre un trono desde el que contemplar sus ejércitos en formación, los cuales, según Heródoto, sumaban más de un millón y medio de hombres. Probablemente fueran una décima parte de ese número, que son, con todo, los hombres que Eisenhower mandó desembarcar el día D. No salva hoy día el Helesponto ningún puente, pero Jerjes tuvo dos: un pontón construido con

trescientas sesenta embarcaciones atadas entre sí y otro con trescientas catorce, curvados ambos ligeramente por la corriente y el viento. Sepultado bajo las aguas el puente anterior tras una tormenta, el furibundo emperador había ordenado decapitar a los constructores y azotar y marcar con hierros candentes las mismísimas aguas del estrecho. En algún lugar del fondo deben de reposar aún hoy los grilletes de hierro que mandó arrojar al mar como advertencia.

Ese día, sin embargo, las aguas están tranquilas y Jerjes se siente satisfecho. Hasta que, de repente, estalla en lágrimas. Su tío y consejero Artábano le pregunta por qué. «Ante nosotros se hallan miles de hombres —responde el emperador—, pero ninguno de ellos estará vivo dentro de cien años.» Artábano consuela a su rey recordándole todas las calamidades que hacen intolerable la vida y la muerte, un alivio. Jerjes conviene con su tío y consejero, pero le exige: «Dime la verdad». Quería conocer su opinión sobre la empresa que tenían ante sí. ¿Vería Artábano con buenos ojos una segunda invasión persa de Grecia en apenas una década? Existía un factor que quizá cambiase las cosas: emperador y consejero habían tenido la misma pesadilla. Es ahora Artábano quien se estremece: «El miedo me embarga. No, mejor dicho: me posee».

Un mismo sueño había visitado dos veces a Jerjes, después de que Artábano disuadiese a aquel de vengar la humillación a que los griegos habían sometido a su padre, Darío, diez años antes, en la batalla de Maratón. Anticipándose en dos milenios a Hamlet, un espectro de porte majestuoso y actitud paternal le había presentado un ultimátum: «Si no declaras la guerra enseguida, [...] al igual que en un breve lapso te hiciste grande y poderoso, con prontitud volverás a la humildad». Artábano, en un primer momento, restó trascendencia al sueño, tras el cual Jerjes obligó a su consejero a dormir en el lecho real e incluso a usar su camisón. El espectro volvió a aparecer y Artábano se despertó aterrorizado y entre alaridos, pidiendo a voces la invasión. Jerjes dio la orden y la gran fuerza militar se reunió en Sardes, sacrificó un millar de novillos en las ruinas de Troya, alcanzó el Helesponto y se aprestaba a cruzar los

pontones cuando el emperador concedió a su tío una última oportunidad para dar voz a cualquier reserva que pudiera tener.

Artábano, pese a su pesadilla, no es capaz de resistirse. Los enemigos que les esperan, advierte, no son solo griegos, temibles guerreros de por sí: la tierra y el mar también lucharán contra ellos. La obligada marcha para circundar el Egeo atravesará regiones que no podrán alimentar a un ejército tan numeroso. No habrá puertos suficientes para dar cabida a sus navíos si estalla la tempestad. El agotamiento y la hambruna podrían hacer mella en ellos aun antes de empuñar las armas. El líder prudente «teme y medita sobr